

tra Francia, fueron las de realumbrar por todas partes el sentimiento de cada patria particular y de precipitar la constitución de nacionalidades». En cuanto a España, que era entonces el eje ultramontano de Europa, ello no es cierto de idéntica manera. Fué un hijo de la Revolución, el general Bonaparte, quien rehizo, sin saberlo, la unidad moral española al pretender hacerse dueño del pueblo más orgulloso del planeta. Los mismos liberales de la época prolongaban la antigua desconfianza. Carlos III, el monarca liberal y francófilo, siempre mira con ojo receloso al país que inventara la «revolución» y el «filosofismo», como se decía por entonces. El conde de Aranda, su famoso ministro, es, sin embargo, amigo personal de los enciclopedistas, y quiere, como su amo y señor, ensanchar el marco de esta España hermética; pero desconfía de sus propias reformas, y expulsa a los jesuitas porque osaron pronunciar la palabra «regicidio».

Las dos Españas se afrontan, y solamente algunos libros acerca del Japón moderno pueden servirnos para comprender tal conflicto. Para los bonzos guardianes de ritos antañones, toda novedad es peligrosa. Cuando en el siglo XIX pasan por el Guadalquivir los primeros vapores, el pueblo grita llamándolos monstruos demoníacos. El divertido Barrow, autor de uno de los libros ingleses más populares, *La Biblia en España* (1842), nos cuenta que las muchachas quemaban los Evangelios porque llegaban de tierra protestante. ¿Para qué leer tales obras, que son tal vez luteranas? En primer lugar, los niños no necesitan saber más que algunas nociones de doctrina cristiana. Carlos III contaba con orgullo que en su infancia prefería *l'école buissonnière* del palacio a los cursos de los ilustres pedagogos encargados de formar su espíritu perezoso. Un día los maestros van a quejarse al Rey, su padre, y he aquí al joven culpable ante el soberano de todas las Españas. «¿Cómo?—pregunta el rey—. ¿El infante no quiere estudiar?» «No, señor»—responden a coro, desconsolados, los dos maestros. «Pues bien—dice el rey—: si el infante no quiere aprender, que no aprenda nada.»

Este padre bondadoso y simpático, que parece primo hermano del rey Pausole, de Pierre Louys, muestra ser de su tiempo y de su país. Cuando mi ilustre compatriota Olavide llegó a España para civilizar una provincia, los libelos de la época se burlaban de este hombre «ilustrado» del «siglo de la ilustración». Era el supremo insulto.

Y he aquí que, en la España negra de los comienzos del siglo XIX, un joven genial iba a lanzar un manifiesto cuya actualidad no ha envejecido. El artículo de Mariano José de Larra, *Figaro*, titulado «Literatura», expone el estado de alma de los primeros románticos; pero podría ser firmado por cualquier escritor de hoy, por ejemplo, por el exquisito Gómez de la Serna, que usted cita en su *Manual* entre las jóvenes celebridades. Larra, la personalidad más atrayente del romanticismo, por su ingenio, su dandismo y el suicidio final, se educó en Francia. Usted habla de él, querido maestro, en su *Historia de la Literatura española*, con los más clarividentes elogios. ¿Qué ha hecho usted para no tildarle de galicista?

Iniciado a la vida literaria inmediatamente después de la crisis napoleónica, ¡cuán entrañablemente quiere a su vieja España, pero cuánto sufre al verla tan en retraso medieval, toda erizada y cohibida por las innovaciones de la ciencia y de la política que llegan de Francia! Jamás pueblo alguno sintió tan extrema aversión a la modernidad. Es otra China, pero helicosa.

En el recinto de sus murallas, los Pirineos y el mar, sólo quiere ya vivir su sueño sonámbulo, escuchando la canción de sus glorias muertas. «Todo inglés es una isla», decía Taine. Todo español de entonces era una fortaleza. El hidalgo que despreció siempre las letras, se burla ahora del «siglo de la ilustración». Los románticos

iban a cantar el «progreso» y «las luces» magníficamente; pero el pueblo español seguiría siendo el conquistador aburrido que perdió el señorío del mundo, y desdeña la vivacidad de los otros pueblos como un motín de arribistas.

No existía aún la clase media en España; la aristocracia y el pueblo se coligaron para aborrecer con tesón al extranjero, y la invasión de Napoleón no explica sino parcialmente tal estado de espíritu, más antiguo que este odio nuevo. ¡Cómo no comprender semejante aversión patriótica! Es necesario afirmarse entonces en un españolismo exagerado. Porque las modas vienen de París, el Estado mismo pide a un grupo de damas ilustres (1788) que organice un «traje nacional»; los nobles adquieren aficiones y ademanes de *chisperos*; el literato innovador es el enemigo de todos; se le colgará más tarde uniformado a la francesa, con uno de esos chalecos que llevaban bordada en letras rojas la palabra «Libertad». «¡Vivan las caenas!», vocifera la canaila cuando regresa el tirano. El inglés sopla la llama que podría extinguirse. «Cambiad—dicen irónicamente los marinos de la Gran Bretaña que bloquean el puerto de Cádiz en 1808— cambiad vuestro león nacional por una gallina, pues los gallos franceses os dominan.»

¿Cómo puede usted creer que sea fácil con todo esto escribir en una lengua que recuerde la elegancia ultrapirenaica. Los «afrancesados» de las letras son, créame usted, héroes desconocidos que no retroceden ante nada. ¿No pretenden, a semejanza de la Francia de los *sansculottes*, transformarlo todo, la religión de nuestros mayores, la dignidad real, que es de derecho divino, y hasta la misma lengua incorruptible? América viene en su ayuda. «Ella debía dar a su conquistador—decía Larra— con los intereses aumentados por la usura, el principio democrático.» Esos cabecillas insurrectos, esos mestizos insolentes a quienes la Historia iba a nombrar libertadores, leen de tal manera libros franceses, que de ellos toman giros y palabras. Lugones ha podido llamar a nuestro poeta Rubén Darío el último libertador. Darío rescata definitivamente a la princesa dormida que en las viejas leyendas españolas vivía prisionera de un mago árabe.

Así, a regañadientes, el hechizado país se despereza. Su suelo fué invadido, su imperio colonial zozobra. José Cadalso había comenzado, con sus *Cartas Marruecas*, la serie admirable y desconcertante de sus libros, que inauguran el diagnóstico de la España «enferma». Doble inquietud psicológica, que debía revelarse a fines del siglo XIX: el sentimiento de una decadencia y la necesidad de afirmarse en el orgullo nacional; pesimismo intelectual, optimismo sentimental.

En este momento patético en que todo se hunde; en que España, abatida, parece surgir, como el Segismundo de Calderón, de su caverna medieval para afrontar el siglo de las «luces», ¿qué harán los más grandes afrancesados, que son, sin embargo, los más españoles de los hombres, qué harán Goya y Larra? ¡Ah, cómo descubren la perdida veta popular! Si el uno se inspira en Watteau y el otro recuerda a Voltaire, preciso es confesar, sin embargo, que son españolísimos. Las bucólicas madrileñas del primero y el «pobrecito hablador» del segundo parecen salir de una novela picaresca. El gracioso antiguo, los criados de *La Celestina*, Sancho siempre, tienen el mismo rictus doloroso y el sentido cómico de lo real que sólo los rusos igualarán. ¡Qué gracia incrédula y sensata, qué don del color vivaz, qué ligereza vistosa de la máscara sobre el conturbado rostro de la Vida! No, no eran de España, o a lo menos de toda España, las frases lentas y aletargadas, el tono bituminoso, la rigidez de cuerpo y alma. En cuanto a la literatura del siglo que moría, el gongorismo de acrósticos y de charadas que mechaba con retruécanos su extenuada insipidez, estaba